

Amanda Patarca
AUTORA

EL
ALTAR
DE LOS
PERFUMES

AMANDA PATARCA



POESÍA
DELDRAÇON



Poema Nº 5 La flecha

Tenso mi angustia
y estiro mi reclamo.

El arco ya está listo
entre mis manos.

Vibrando, convencida
concentra arrolladora sus anhelos
para la conjunción

La siento en tren de fuga
hacia el país del gozo.

Colosal energía
le transmiten mis manos
otorgándole impulso a mi destino.

Amanda Patarca

PROVENGO

Provengo de un lugar en donde el horizonte nunca me exigió llegar ni pensar en detenerme pero sí proseguir, de allí mi cansancio a veces.

Provengo de un lugar ubicado en el confín de las pasiones puras; del creer, por ejemplo, en la infalibilidad de la redención: esa especie de restauración de las acciones malas, las que con los hechos nos informan, siempre sobre una razón de ser envenenada.

Provengo de un lugar en donde el tiempo de existencia no alcanzaba para que todos pudieran cumplir, allí, con su destino.

La mayoría se quedaba a medio andar, sin insistir, cuando se sentían ya entendidos en cuestiones importantes.

Las que se centraban sólo en disentir, entre ellos, acerca del exacto método de concreción de sus anhelos personales.

Tal vez, por todo eso, el tiempo de crecer y ser felices creando, resultaba escaso para ser usado por todos los que, allí, discutían tanto.

Y fue así, como ese discrepar con eterno debate, considerado entonces, como un único fin en sí mismo, llegó a constituirse en el primordial y definitivo destino para el común de esa gente.

Infinitas ansias, deseos o anhelos expresaban su apuro por nacer allí, de manera extraña.

Lo hacían partiendo del aliento susurrante de una rosa, única, sublime y delicada, llamada de los Vientos Imprevisibles, Cambiantes... Dispersantes, no por casualidad.

Y no por casualidad, digo, por cuanto ese soplo alentador y delicado, al proyectarse venturoso desde esa flor anhelante, hacia los infinitos caminos potenciales a emprender, no indicaba el rumbo certero a tomar en la búsqueda, a todos. No. Él sólo indicaba ese rumbo a los que, prestando atención y sin discutir demasiado, conseguían interpretar, los planos de consulta existentes. Planos, estos, en donde, con forma de flecha, aparecía marcado sobre un tímido rincón de su superficie entelada, un oscuro Norte erguido, el que, a manera de faro de luz empecinada en hacerse notar los orientaba conduciéndolos hacia los posibles destinos en juego a concretarse, allí.

De las paradas intermedias: los deseos, ansias y anhelos que se daban por perdidos se asumían responsables los Vientos dispersantes.

Provengo del lugar en donde, para pensar y actuar en consecuencia, era necesario mantenerse inmóvil, dejándose mecer y castigar por ráfagas tan enérgicas como enardecidamente abrumadoras, siempre.

Y de allí salí para llegar aquí en donde, al sentimiento, intuyo, también en este sitio, lo presiento enfermo, de allí mi indecisión.

Entonces, no sé, digo, tal vez consiga andando irme.

Provengo del lugar en donde la misericordia -que es compasión y es diálogo y por sobre todo entrega- al descargar, desprendiendo de su propio navío, su ancla de abordaje, para aumentar velocidad, consiguiendo así mayor soltura, se despojó, de pronto, de su herramienta madre, necesaria para cumplir con su esencia misionera de amada redentora de náufragos errantes, Jamás se dio cuenta de lo que extravió por culpa del olvido del uso de cadenas protectoras de anclas y por encontrarse, ella, el día del descuido, como yo la vi: lejana, distraída... y sin conciencia puesta en lo que hacía.

Fue en un lugar incierto, perdido entre la bruma de una alta mar abierta y sostenida gravemente abajo por la línea límite del cielo, trazada en los confines de tanta lejanía.

Y allí, palideciendo al influjo del mundo que le impedía obrar así: sin ancla de abordaje, se fue peregrinando, sin coraje bajo un sol envuelto en lágrimas, como respuesta al depredar del hombre y negado, como ella, al prodigar, El sol, sin embargo, también tan necesario, sigue aún deslizándose por los eternos carriles del espacio, tratando de secarse aumentando su fulgor para brillar como el oro nuevamente y poder, así, dar lo que daba.

A la misericordia que fue compasión y diálogo y entrega de amor, no la encontraron más.

Se la llevó el espanto. Así afirman los que saben de espanto y un poco de misericordia.

La arrastró la corriente hacia otros mares, en donde su peregrinar no puede detenerse.

Envuelta y revolcada por aguas funerales de océanos endiablados colmados de lágrimas vertidas, se mantendrá distante y tal vez humillada, sin ella registrar lo sucedido como propio, sin acusar enojo, ni tedio ni amargura, ni atisbo de una pena siquiera, ni muestras de dolor... hasta que sobrevenga para ella otra oportunidad.

Ella ha perdido el ancla con la que detenía su marcha vigorosa, para actuar, en favor del caído.

Para enfrentar, sin miedo, sobre el mismo escenario de los hechos, a esa cerrada, espesa y sucia bruma llamada adversidad.

Y bien, acaso estoy llegando a este lugar, ahora, en donde la aceptación de todo lo ocurrido es el mismo consuelo resignado que habrá de permitirme, lo presiento, la celebración de una llegada más.

La de todo lo bueno que esperaba encontrar allá y ahora en otro sitio que bien puede ser éste, pero...

Por eso y por más cosas, acaso estoy llegando para irme, digo. Y así seguir andando.

Andando, para no quedarme a celebrar el hecho de anhelar siquiera consolarme sin pensar primero en esperar... Ya que, tal vez, lo haga.

Porque lo que ahora sé, que es gran parte de todo lo que tengo, que no es mucho, es cierto, pero es suficiente, variado y bastante, porque me conforma, me lo digo a solas.

Como en un susurro, que es casi un aliento, un silencio inquietante de canto y un murmullo de brisa, a la vez.

Es que: El caso no radica en que no exista Dios o en que lo haya. ¡Él no está, ni se presenta!

El caso no radica en que no vino como sea o como se lo esperaba o representado por un ángel del cielo. ¡El no está ni se presenta!

El caso no radica en comportarse el hombre como si, todo él, constituyera un Jesús desaprobado; un sol negro y apagado que no cumpliera ni sirviera, por no entender para qué fue creado; o en comportarse, la mujer, como si fuera una estrella sin luz propia; una virgen con fulgor reflejado, madre de una diosa, recientemente nacida, pero sin poder de convencimiento para acallar sospechas y tontas suspicacias; una virgen que se empeñara en cerrar los caminos que conducen a la fe de la certeza comprobada o proclamada, al menos.

El caso no radica, tampoco, en sentarse cada cual a un lado de las cosas que suceden y pasan, sin valorar lo bueno ni el daño producido ni sugerir ideas para recomponer lo descompuesto o averiado o en ponerse a tejer sin entusiasmo dejando que los puntos despreocupadamente se le escapen, sin prestar atención en lo que cada uno de los que hacen, hace.

Y esperando, además, que la legislación que surja de los hechos, resultando perfecta, cosa imposible, no se contradiga ni se neutralice ni se anule. El caso no radica en detenerse el hombre al borde del tsunami en retirada expresando desdén, cuando eso, al conseguirse de ese modo nos indica a todos que ya ha sido; ni tropezar con gesto de orgullo y suficiencia en la corrida efectuada al huir del horror, para caer luego espantado en el abismo de la pertinaz ignorancia de las cosas y de su naturaleza.

El caso no radica en procurarse un grito con las voces de todos; eterno, gigantesco y en tono de sirena do mayor, para que al expresarse, así, surcando el cielo, extrayéndole al sol su luz bronceada y su vibrato intenso y colorido, testimonie la bronca. No.

El caso no radica en ocultar el hombre su grandeza bajo los escombros de cuanto destruyó, ni radica en tener miedo y esconderlo tras una sonrisa, para que no se note.

El caso no radica en no fallar, cuando ayudados por Dios, salimos airosos en los dos únicos momentos esenciales... decisivos:...

En el momento de la entrada, con inicio de funciones al encarar la acción del nacer humano -varón, mujer o lo que sea- que concierne al crear, generando los posibles vaivenes del tejer una

urdimbre, para tornarla cierta, y cuya lazada inicial es, sin dudas, incuestionable obra del que no esta; del que jamás se nos muestra como imaginamos.

Y en el momento de la clausura, al afrontar la acción del terrible morir, que se relaciona con el detener parando en seco, cortando el hilo de la urdimbre de un tirón y con el fúnebre final de las funciones de esa obra trabajosa y de textil vitalidad, actualizada siempre. Y todo eso, para entrar, a destejer, entonces, los efectos positivos de sus verídicos vaivenes impulsores, a partir de una orden; de una sola; de una ley de inexorables consecuencias, la que obligando a aquietar fue, es y seguirá siendo impartida y puesta en marcha, con el auxilio de sus poderosas riendas, también, de manera incuestionable, por el que no está ni se presenta nunca como imaginamos.

Entonces, encontrándonos, hoy, los seres humanos vivos de la tierra, dentro de la vital dimensión espacial ubicada entre el nacer y el morir y circulando, como debemos circular, por los caminos de esa vida, aunque deslizándonos, tal vez, un tanto desprolijamente, entre sus cosas; sintiéndose, algunos, completamente solos, confundidos... y sin contar, muchos, con ayuda material verídica, ni más recursos anímicos que aquellos que generan sólo la sana conciencia y el libre albedrío, este caso, puntualmente planteado aquí, radica, ciertamente, en no fallar.

En no fallar en nada, considerado justo, nunca, partiendo de la idea de permanecer, los prójimos del mundo, así, felizmente unidos, a esa especial consigna de no fallar, hasta el fin de los días. O, tal vez, no. Tal vez radique sólo en tratar de intentarlo, siempre.

Provengo, digo, por último, tal como lo estaba explicando, de un lugar en donde el hombre justo, sin embargo, falla en todas las instancias en las que se propone no fallar.

Y por fallar, no habiendo podido trepar nunca a las alturas que, por lo general, éste pretende, debe pedir, siempre, disculpas.

Y hasta, a veces, humillado, confesar que no ha cumplido, aun sabiendo como sabe, que el grado de intención del cual dispone para no fallar, jamás le alcanza para conseguir su cometido, ya que, personalmente, se le torna insuficiente.

Y... ese extraño pesar que no permite a nadie vivir tranquilamente, hace, allí, soñar, a muchos, con marcharse a otros lugares.

A otros lugares, sí, en donde, como aquí... o, tal vez, como allá, región en la que aún no estuve, el fallar en algo así, tan grande como "Ser Feliz", no sea posible.

Amanda Patarca

CONVENCIMIENTO

Amé:

Y fue ese amor inmenso -el convertido en lamento el mismo que me instaba a quedarme en los instantes, el que moldeó mi vida desde el primer momento transformándome en sorda, en ciega, en titubeante.

Viví:

Sin saber que ese río -el que mi memoria extraña amoldando su lecho al nivel de la pampa, impregnando de orgullo mi estirpe y mis entrañas ocultaba en el fondo su razón hecha trampa.

De piedra:

Ya soy una columna que soporta el mañana.

A mi lado, en silencio y derramando hoy su calma se acomoda este río -el de efluvios mundanos al que vi. Embravecido luchando contra mi alma.

Incólume:

Quiero explicar a todos los que en su cauce cantan la verdad del misterio pero mi voz no alcanza.

Sólo se escuchan ruidos, murmullos que levantan las risas de las niñas que a mi sombra descansan.

Amanda Patarca

Soneto N°6 (al hombre como padre)

Yo buscaba su piel en las caricias
aquella noche en que el verano ardía
y encontré sin pensar la luz del día
que aplaca y neutraliza la malicia.

Florecerá, me dije, esta locura,
sacando en conclusión que desde siempre
el era el padre que añoro mi vientre.
florecerá mañana, estoy segura.

Esa entrega pensada de antemano,
ese instinto ancestral de tender redes...
es la fuerza de Dios en la mujeres.

Jugando a eternizarse en una trampa
la noria del amor sigue aun con vida.
la puerta esta puesta en la salida.

Amanda Patarca.

Resonancias (Díptico)

I

Cuando llegué me dije:

Ya sos. Ya estás aquí.

Respira hondo, ahora, como lo hacen todos.

Tus pulmones, llenándose de aire

te harán feliz.

Y acepté allí la consigna

que naciendo de mí, si hacer ruido

se fue expandiendo adentro,

llenando mis espacios con música celeste.

Del lugar del inicio, creo.

La acepté sin negarme.

Como la nena buena que desde siempre fui

Y lloré. Y mi primera lágrima

al huir de mi cuerpo habiendo condensado

en su líquida forma las ganas de existir,

impulsó de tal forma mi energía al futuro,

llenó con tal potencia las arcas de mi aliento

que el tiempo a mi asignado,

el que sin luz ni brillo a mí correspondía,

cruzando los abismos, penetrando mi mente

se adueñó de mis días

hasta hoy.

II

Somos una luz y no nos damos cuenta.

Del otro lado, nuestro pasar cronometrado
permite a los otros poner en hora sus relojes.

El tren, como el tiempo,
nos lleva a estaciones terminales formidables.

Tan extensas como para albergar en ellas

El desarrollo de las flores
o el enfriamiento funcional de la emoción,
la que, latente, aguardará,
por siempre, otros regresos.

Amanda Patarca

Yo acumulo música y palabras como Dios acumula nubes allá arriba. Sobre mí está Él, que me dicta y yo lo escucho aceptando lo que dice, porque al llegar a mí, acallada y sólo a mí expresada su palabra casi silenciosa, gozo como vos amigo al lograr concretar tus anhelos con la coincidencia que necesitas del prójimo para sentirte vivo.

Dentro de la escala de valores del espíritu, el *entendimiento* ocupa un lugar importante. Refleja normalmente un acuerdo de voluntades que puede ser tácito. Por medio del entendimiento se satisfacen intereses recíprocos pero es una nota menor frente a la *comprensión* porque para comprender hay que amar pero para entender basta con reflexionar. Si entender es una actitud de la inteligencia y comprender es una posibilidad del alma, te pedimos Señor que facilite la comprensión entre nosotros para que la paz no nos sea tan costosa.

